

Otros cuentos de transformación (Pascua)

Grimm: El enebro – Los niños de oro – Juan Erizo – El borriquito – Los ducados caídos del cielo– La espiga de trigo

Otros: Los niños de la Reina Dora – Las tres liebres – El espíritu de la montaña – El origen del diamante

LA PRINCESA Y LA LIEBRE BLANCA

Cuento de Pascua 1º, 2º

Había una vez un hombre que iba caminando por las calles de una ciudad con un canasto lleno de las más bellas flores, gritando:

-“¿Quién quiere comprar penas? ¿Quién quiere comprar tristezas?”

Quien escuchaba esto se reía de él y nadie le compraba flores a pesar de lo hermosas que eran. Pues, ... ¿quién después de todo iba a comprar penas y tristezas de las que ya hay más que suficiente en el mundo? Pero esto no le preocupaba al hombre y él continuaba caminando por las calles ofreciendo su mercancía: “

-“¿Quién quiere comprar penas?, ¿Quién quiere comprar tristezas?”

De esta manera el extraño vendedor pasó por delante del palacio del rey. La princesa le escuchó gritar y llena de curiosidad miró afuera por la ventana. Cuando vio las hermosas flores en el cesto, decidió que debía tenerlas y lo llamó.

-“¡Espere un momento, buen hombre, yo compraré sus flores!”

Le tiró una moneda de oro y envió a su doncella para buscar las flores. Eran realmente hermosas; tales flores nadie en el palacio las había visto jamás. Incluso el jardinero real sacudía su cabeza maravillado mientras las plantaba cuidadosamente en el jardín. Y la princesa estaba tan encantada con ellas, que se quedó todo el largo día en el jardín admirándolas.

A la mañana siguiente, cuando volvió con su doncella al jardín, salió una liebre blanca de entre las flores y era tan encantadora que la princesa quería tenerla. Dijo a su doncella:

-“Rápido, cázala para mí”.

Pero el encantador animalito vino corriendo hacia ella por sí solo. La princesa ató una cinta alrededor de su cuello para que no pudiese escapar y fue paseando con la liebre, todo alrededor del jardín del palacio. Cuando por fin volvieron al palacio, la liebre, de repente, se soltó y desapareció con la cinta.

La princesa estaba indignada por perder su linda cinta, pero más desesperada por perder a su liebre; tanto... que no durmió ni un solo momento esa noche por la tristeza.

A la mañana siguiente volvió a aparecer con su doncella por el jardín para ver las flores y he aquí, que vino la liebre saltando de nuevo entre las flores. No tuvieron que agarrarla, pues se acercó por sí sola. La princesa ató su pañuelo de seda alrededor de su cuello de forma que no pudiera escaparse, y después fue paseando con la liebre por todo el jardín, pero en el camino de vuelta al palacio, la liebre se libró soltándose de nuevo y desapareció con el pañuelo de seda.

La princesa estaba indignada por perder su lindo pañuelo, pero más desesperada estaba por perder a su liebre, y no cerró sus ojos en toda la noche de pena. A la mañana

siguiente fue directo con su doncella al jardín, y una vez más, la liebre salió saltando entre las flores.

Otra vez se acercó a la princesa por sí sola. Esta vez ella le puso su cinturón alrededor de su cuello, de forma que no pudiese escapar y estuvo todo el día paseando con la liebre. Cuando al fin estaban volviendo al palacio, pues se estaba haciendo tarde, la liebre se volvió a soltar y desapareció de nuevo con el cinturón.

La princesa estaba indignada por perder su cinturón pero más desesperada se encontraba por perder a su liebre y no pudo dormir ni un momento en toda la noche por la tristeza.

Al cuarto día la princesa se sintió enferma por el gran deseo que tenía de poseer la liebre, y estaba tan débil y era tan desdichada, que no podía levantarse de su cama. Entonces se dio cuenta cuánta pena y tristeza había comprado con las flores. Permaneció enferma en su cama y los doctores más famosos vinieron y la examinaron. Después de largas consultas, todos estuvieron de acuerdo en que nada físico estaba mal en la princesa, sino que su alma estaba enferma de nostalgia.

Ellos prescribieron paseos, distracciones, canciones y danzas, para que pudiese olvidar a su liebre blanca. De lejos y de cerca venían músicos, jugadores y relatores de historias; y en poco tiempo el palacio era una feria.

Pero toda esta conmoción, todas las distracciones, todos los cuentos e historias contadas, no pudieron ayudar a la princesa, allí yacía pálida y triste sobre sus almohadones. Y miraba con ansiedad en la distancia, como si estuviese esperando a alguien.

En aquellos tiempos, vivían dos hermanas en un pobre campo; eran dos ancianas. Cuando escucharon de la extraña enfermedad de la princesa. Una de las hermanas dijo a la otra:

-“¿Qué piensas hermana? ¿No debería ir al palacio y animar a la princesa un poco?, quizá se animaría si le relato un cuento de hadas”. “Te apuesto que la princesa está justo esperándote a ti y a tus cuentos de hadas.

-“Todos se reirán de ti”. Le contestó su hermana.

Pero esto no le molestó a la anciana para nada, sólo pensó que lo mejor era probarlo. Así, ató una hogaza de pan y un poco de pescado asado en su pañuelo y salió.

Era un largo camino hasta la ciudad y la anciana no era tan joven como antes, de manera que cada tanto tenía que hacer un descanso. Iba y se sentaba a la sombra de un árbol y preferiblemente sobre una piedra de molino, algo extraño ocurrió.

Mientras se estaba levantando para continuar su camino, de repente, el suelo ante ellas se abrió y salió afuera un burro con dos alforjas de oro sobre su lomo. El burro era conducido por dos manos en sus riendas pero no veía a nadie.

La anciana permaneció con la boca abierta y asustada pues tales cosas no sucedían en ninguno de los cuentos de hadas que ella conocía... y eran muchos. Por ser curiosa y querer saber lo que era esto, decidió esperar que el burro volviese y no tardó mucho en regresar. La anciana se agarró firme a una de las alforjas, y así fue con el burro bajo tierra. Al principio todo era oscuro alrededor de ella, pero enseguida vio un prado brillando a la luz del sol y en el prado se alzaba un palacio magnífico, hacia donde se encaminaron.

En la primera habitación del palacio había una mesa preparada y cuando la anciana entró y se sentó; una mano vertió sopa en su plato, una segunda mano puso carne asada ante ella y una tercera sirvió vino; y sin que ella pudiera ver a las personas a las que pertenecían las manos.

Cuando ya había comido suficiente fue a la habitación de al lado y allí había una cama blanca preparada y lista. Una mano sacudió los almohadones, una segunda abrió la sábana y una tercera le dio una vela. Salvo las manos no se veía ni una persona viviente. La anciana se acostó en la cama y quedó profundamente dormida.

A la mañana siguiente, temprano, se levantó y de nuevo vio algo extraño; del jardín vino corriendo una liebre blanca y saltó directa a una pileta con agua que estaba en un rincón de la habitación. Cuando la criatura salió de la pileta no era ya una liebre sino un joven y apuesto príncipe. Este se paró delante del espejo, tomó un peine y empezó a peinar sus cabellos diciendo mientras tanto con una triste voz:

-“¡Oh espejo! ¿Podrías dejarme ver quién tiene tal tristeza por mi culpa?”

Entonces el joven volvió a meterse en la pileta y salió nuevamente como liebre blanca. La anciana asombrada sólo pudo sacudir la cabeza por largo rato. Después regresó a la misma habitación, tomó un buen desayuno y se dispuso a esperar a que apareciese el burro y fuera arriba de nuevo.

Entonces se colgó de una de las alforjas y en pocos minutos estaba nuevamente ante la piedra de molino, en el camino que conducía a la ciudad.

Una vez en él, fue directo al palacio y dijo a los guardas que quería animar a la princesa con sus cuentos de hadas.

-“Ella nunca escuchó una historia tal como la que yo le voy a contar”, les aseguró.

-“Bueno, ve e inténtalo”, dijo el jefe de los guardas y la dejó entrar.

En estos momentos los pensamientos de la princesa no estaban para cuentos de hadas. Acostada en su cama con la cabeza vuelta no quiso siquiera agradecer a la buena anciana sus saludos. Pero la anciana no estaba para nada molesta por esto y empezó a contarle su cuento.

Le habló de cómo ella venía caminando hacia la ciudad y había estado sentada sobre una piedra de molino cuando de repente la tierra se había abierto; y le contó cómo había ido con el burro hacia abajo directamente a un palacio subterráneo y que allí, había visto una liebre blanca.

Tan pronto como la anciana mencionó a la liebre, la princesa se puso alegre, levantó su cabeza y quiso saber enseguida qué ocurrió después. Así la anciana tuvo que continuar contando sobre la liebre que había saltado en una pileta de agua convirtiéndose en un joven y apuesto príncipe.

-“Yo debo ver eso por mí misma”, exclamó la princesa y saltó rápidamente fuera de la cama como si nada hubiese ocurrido con ella antes.

Al día siguiente la anciana condujo a la princesa y a su doncella hacia la piedra de molino del camino. Allí esperaron hasta que el burro con las alforjas de oro apareció y fueron con él bajo tierra.

Al principio estaba oscuro alrededor de ellas pero enseguida vieron un prado brillando a la luz del sol y en el prado había un palacio. En el lugar, innumerables manos estaban trabajando mucho abriendo puertas, sirviendo a invitados, pero no podían ver a quiénes pertenecían las manos. Entonces la anciana, la princesa y la doncella anduvieron por todo el palacio y en ningún lugar pudieron ver un alma viviente. Cuando entraron en la última habitación, las tres gritaron de susto, pues allí hacía una figura muerta, medio liebre, medio hombre.

El corazón de la princesa se llenó de compasión por la figura muerta allí, tan abandonada sin una flor ni una vela ni una oración por la salvación de su alma. Ella se le acercó, puso una flor de su cinturón sobre su pecho, encendió una vela y se arrodilló para

rezar una oración, De pronto, cuando sólo había pronunciado la primera palabra, el cuerpo se movió volviendo a la vida; y frente a ella yacía un joven y hermoso príncipe que levantando la cabeza la miró a los ojos.

Con el príncipe todo el palacio volvió a la vida. Por todas partes iban corriendo personas ocupadas de arriba abajo. El príncipe liebre se arrodilló ante la princesa y dijo:

-*¡Gracias bella joven! Con la flor, la vela y tu oración has quebrado el malvado encantamiento que caía sobre mí y todo mi país. ¿Cómo puedo compensarte? "*

Entonces la condujo a través de todo el palacio y le mostró todos sus tesoros diciendo que podía tomar lo que le gustase. La princesa no había visto tal riqueza ni en el palacio de su padre, pero a ella no le gustaba ninguna tanto como le gustaba el joven príncipe mismo.

Quedó asombrada por las maravillosas habitaciones y salones que estaban ahora llenos de sirvientes y cortesanos.

-*¿Por qué están tan ocupados Príncipe?" Preguntó.*

-*"Están preparando todo para mi boda",* contestó el príncipe tristemente.

Entonces la princesa también sintió una gran pena, pues su corazón había sido tocado por este bello joven. Y el príncipe continuó:

-*"Tú eres la más dulce de las jóvenes, pero está escrito en las estrellas que después que fuese quebrase mi encantamiento tendría que casarme con aquellas cuyo destino me ha comprometido y cuando te miro a los ojos, desearía que no fuera así".*

-*"Quién entonces tiene que casarse conmigo?"* preguntó la princesa sintiendo cómo su corazón de nuevo se desgarraba de tristeza.

"-*"Tengo que casarme con aquélla a la cual estuve atado tres veces durante mi encantamiento",* replicó el príncipe.

-*"Pero tú estuviste atado tres veces a mí!",* exclamó la princesa alegremente.

-*"Yo te tuve atado a mí con una cinta, un pañuelo y un cinturón."*

-*"Entonces ¿Tú serás mi esposa?,* exclamó el príncipe.

Llena de alegría la princesa le dio su mano y su corazón.

El príncipe liebre tomó su mano y cayendo de rodillas le prometió dar todo su amor.

A los tres días la boda fue celebrada y desde ese momento la joven pareja vivió feliz y contenta en el palacio del príncipe.

La princesa no tuvo que sufrir nunca más penas ni tristezas por haber comprado el canasto de flores. la anciana permaneció con ellos y la amaban mucho, pues ella les había traído la felicidad.

Un día la anciana quiso volver al país de su nacimiento, deseaba ver nuevamente su pobre campo y a su hermana. El príncipe y la princesa trataron de persuadirla para que se quedase con ellos pero viendo la nostalgia que tenía la enviaron a su casa en una carroza dorada cargada de regalos.

Aportación de Patricia Juárez M.